

LA MIRADA ESQUINADA: DOBLE(S) SENTIDO(S)

Lecturas y reflexiones sobre el cine y el mundo.

Francisco Javier Gómez Tarín
Agustín Rubio Alcover

EL DÍA DE LA PEINETA

El refranero español suministra sentencias para todas las ocasiones, gustos y colores. A la vista de la situación en que vivimos, tanto dentro como fuera de nuestros lares, nos viene a la cabeza aquella de "a río revuelto, ganancia de pescadores". Las recientes elecciones italianas, las más pretéritas griegas, los incumplimientos del PP y las desavenencias internas del PSOE, las justificaciones de lo injustificable (inenarrable y tercermundista e incluso marxiana la intervención de Cospedal), la corrupción a escala nacional e internacional, los ejemplares ciudadanos de CIU, la amenaza con demandas a diestro y siniestro por parte de Bárcenas (despido improcedente, *mobbing*, robo...), las otras demandas del PP contra todo lo que se mueve ("curiosamente", se querrela contra *El País* y no contra *El Mundo*), el culebrón Ponferrada, y un suma y sigue de despropósitos que no hacen sino refrendar aquello de "robar a los pobres para dárselo a los ricos", no pueden sino plantearnos el enorme problema que supone, de cara al futuro, el avance de los populismos de todo signo (si bien, en justa lógica, sus realidades internas son siempre de derechas). La indignación popular da alas a voces que no pueden ni quieren representarla, pero que la aprovechan, de lo cual da ejemplos la historia para llenar un contenedor de muchas toneladas, casi siempre con funestas consecuencias (Latinoamérica puede ser un buen ejemplo con el peronismo y ahora con el estallido popular en Venezuela tras la muerte de Chávez).

Nos gustaría en esta ocasión hablar de la vida, de la alegría, del amor, de la madurez, incluso del vino o de la gastronomía, pero la terca y nauseabunda realidad se impone y obliga a seguir una y otra vez machacando en el mismo clavo, incluso si resulta un tanto molesto para quienes suscriben esta sección, otrora con ánimos más lúdicos y menos lacrimógenos.

La crisis entre Alemania e Italia por esas declaraciones que etiquetaban como payasos a Grillo y Berlusconi, es un nuevo síntoma de la situación. Italia defiende en tal tesitura que la voz del pueblo ha hablado y es soberana. No le falta razón, pero, ¿es esa la voz del pueblo? ¿Han obtenido esos partidos los votos del conjunto de ciudadanos a los que realmente representan? Es evidente que no, que han aprovechado un flujo nutrido de un lado por el hartazgo y la indignación, y por otro del *statu quo* de los votantes de derechas marcados por la necesidad de alguien que represente sus "intereses". En un columna de opinión recientemente publicada en *El País* por Arcadi Espada bajo el título *Ópera Bufa*, se señalaba esta cuestión con nitidez: "contra lo que pudiera suponerse, los resultados de Italia, como tantos otros grandes y graves éxitos de la hez europea, no atentan principalmente contra la política establecida. Eso es tan solo un efecto colateral. La víctima real de estas victorias hórridamente sentimentales es, exactamente, el progreso, y la posibilidad de un cambio higiénico, profundo y perdurable en la gobernabilidad".

En nuestro país, la propia derecha -cada vez más ultra- no se contiene a la hora de diseminar el bulo de que "todos son iguales". Lógico, ya que, con una ley electoral como la actual, pase lo que pase, el poder seguirá repartido entre PP y PSOE, con algunas migajas (a escala estatal, pero las barras enteras en sus respectivas comunidades) para CIU, ERC, ICV-IU, PNV y Sortu. Así pues, la boca se les llena con

el número de votos. Tal número es falso, a todas luces, porque no tiene en cuenta la abstención, porque el reparto de escaños es injusto, y porque no puede considerarse un voto de apoyo durante cuatro años a aquel que se ejerció sobre un programa que se ha incumplido plenamente: la relación entre elector y elegido es moralmente contractual, aunque no lo sea legalmente.

En esta tesitura, tampoco parece preocuparle a los partidos mayoritarios el avance del populismo, pero ese es el huevo de la serpiente que puede un día acabar con ellos. No tenemos ninguna duda de que la inmensa mayoría de los miembros de base del PP y del PSOE, y del resto de partidos, por supuesto, son gente honrada que desean lo mejor para la colectividad, pero es evidente que no tienen los dirigentes que merecen y que estos, al igual que ocurre con las prácticas políticas, actúan en contra de sus intereses mediante ese flujo establecido jerárquica y perversamente desde arriba hacia abajo.

¿Es posible el cambio? La respuesta es difícil, pero no imposible. El cambio tiene que ser cultural y social: las cúpulas de los partidos deben representar fielmente a sus afiliados y ser elegidas democráticamente, los controles para asegurar la honestidad en el ejercicio del poder deben ser exhaustivos y permanentes, la ley electoral debe modificarse para que dé voz real al conjunto de la sociedad, hay que acabar de una vez por todas con los paraísos fiscales (cosa posible, si hubiera voluntad para hacerlo), las grandes empresas y fortunas deben soportar el grueso de la imposición para garantizar una correcta redistribución de los bienes económicos y sociales, es imprescindible retomar la senda del bienestar colectivo... y hay otros muchos etcéteras.

El problema es cultural y con la cultura hay que combatirlo. Como saben muy bien en Italia y en España esos que controlan los medios y las normas, conducir a las "masas" es muy fácil y a ello se aplican sin escrúpulos. Los votos resultantes son, claro está, números, pero otorgan poder... Sin embargo, no cualifican al elegido: Hitler también ganó unas elecciones.

Curiosamente -y nos vamos ya al terreno del audiovisual, que nos compete- una lección de como funcionan estos mecanismos de control social nos la da el tercer episodio de la segunda temporada de la serie inglesa *Black Mirror*, *El momento de Waldo* (*The Waldo Moment*, Brynn Higgins, 2013), donde Waldo es una animación irreverente que consigue unir en torno a él la insatisfacción generalizada y esto le lleva a presentarse a unas elecciones y casi ganarlas; a la vista del fenómeno, aparece la sempiterna CIA (denominada sutilmente "agencia") y propone el lanzamiento a escala mundial. El resto y sus consecuencias son fácilmente imaginables puesto que lo hemos visto en el pasado, lo estamos viendo en el presente y seguiremos viéndolo en el futuro si no le ponemos remedio ahora mismo. Para rizar el rizo, la propuesta americana es comenzar la experiencia en Latinoamérica (¿suena de algo, verdad?).

La crisis ya es algo constante en el trasfondo de gran parte de las películas que nos llegan, y se presenta con múltiples máscaras. Por un lado, anclada en el individuo y sus relaciones más inmediatas (la pareja), como es el caso de *Si fuera fácil* (*This Is 40*, Judd Apatow, 2012), que aborda la crisis de los 40 sin preocuparse en exceso de los aspectos contextuales y pretende ser una comedia adulta de autor, pero hollywoodiense, lo cual es muy atractivo en el plano teórico, y responde fielmente a las virtudes y los problemas del cine de Apatow: un deseo de contentar y al mismo tiempo un esfuerzo por la profundidad, que dan como resultado un nivel desmedido en los diálogos y una irregularidad manifiesta. Nos tememos que el director está excesivamente sobrevalorado por cierta crítica, pese a que consigue transmitir el reflejo del malestar vivencial que pretende.

Mucho más rigor y fuerza tiene *Blue Valentine* (Derek Cianfrance, 2010), película que llega con un cierto retraso a nuestras pantallas y que plantea una crónica de la crisis de pareja muy inteligentemente montada en los entornos del inicio y el fin; en planos cortos y en el seno de un universo cerrado, intimista, gestiona el malestar del espectador sabiamente y, al tiempo, construye escenas de un alto nivel poético. La interpretación de Gosling es muy convincente, por no decir magistral.

Para cerrar la terna de "las cosas que pasan en Marte", *El lado bueno de las cosas* (*Silver Linings Playbook*, David O. Russell, 2012), pese a algunos aspectos de interés indudable, resulta excesivamente conformista y predecible; supera el tono medio del cine actual, pero no consigue entusiasmar, y los premios que le han dado, paradójicamente, contribuyen a la decepción. Como se puede observar, no parece haber un especial interés en el cine *mainstream* (con visos de mayor o menor independencia) por relacionar la crisis social con la de pareja. Crisis, sí, pero cada una en su nivel, como si no hubiera una imbricación entre ambas que, en muchas ocasiones, consigue arruinar las vidas privadas como consecuencia de la sangría de las públicas.

Y si de Marte hablamos, un ejemplo de nulidad juvenil es *Dando la nota* (*Pitch Perfect*, Jason Moore, 2012), que, a excepción del canto "a capela", que siempre tiene su lado agradable, es una suma de "más de lo mismo" entre universitarios, esta vez bien vestidos y de familia "culto y aseada", en el mejor de los mundos y sin problemas que les compliquen la vida: un pestiño. Más interesante, pero sin alharacas, resulta *You Are the Apple of My Eye* (*Na xie nian, wo men yi qi zhui de un lai*, Giddens Ko, 2011), aun siendo muy convencional, donde se cuenta la historia de un grupo de amigos en la escuela que llegan a la madurez en Taiwán; hay solamente algún atisbo de sensatez con las cuestiones referentes al mito del primer amor, pero, en general, es casi tan insulsa como la anterior: cine taiwanés al estilo yanqui, sin gamberros.

Otra forma de poner color a la crisis es la proliferación de historias sobre la corrupción con un 10% de denuncia y un 90% de acción/aventura/suspense a través de tramas engañosas, cuando no tramposas de pleno, como es el caso de *La trama* (*Broken City*, Allen Hughes, 2013), valga la redundancia, que es una de esas películas americanas de género, sobre corrupción en las altas esferas, que gustan mucho al gran público y tratan con eficacia limitada cuestiones de actualidad; o de *El chico del periódico* (*The Paperboy*, Lee Daniels, 2012), película que reflexiona en torno a la construcción de la verdad y la inocencia desbaratada por la realidad, con un arranque confuso y desigual, pero que va cogiendo cuerpo, hasta llegar a un desenlace implacable, que en parte la redime. Tampoco *The Liability* (Craig Viveiros, 2012) aporta nada nuevo en esa dinámica de "trampear" con las expectativas del público.

Por si fuera poco, la crisis se refleja eficazmente en la aparición de psicópatas de todo calibre, muchas veces arrojados por la inmoralidad ambiental e institucionalizada que ya no puede servir como ejemplo de nada ni para nadie (de ahí la clara desaparición de moralejas en el cine de los últimos años). En esta línea, nos han llegado este mes títulos significativos: *Siete psicópatas* (*Seven Psychopaths*, Martin McDonagh, 2012) no está a la altura de *Escondidos en Brujas*, el debut de su director, pero tiene gracia y está muy bien interpretada (solo faltaría eso); su postmodernismo resulta casi extenuante con esa construcción de película-guion que enlaza múltiples historias e intenta un tono deconstructivo que no consigue ni por asomo. *Las ventajas de ser un marginado* (*The Perks of Being a Wallflower*, Stephen Chbosky, 2012) es, sin embargo, una película "sentida" con una absurda traducción de título que parece hablar contra la propia esencia del film; supone una agradable sorpresa repleta de sentido y de sensibilidad como reflexión sobre el viaje iniciático de la adolescencia, sin tapujos ni moralinas, con una deriva más que interesante hacia el "mal de vivir" propio de esa

época juvenil que todos parecemos olvidar más de la cuenta. *The Imposter* (Bart Layton, 2012) es una mezcla de recreación, documento y docudrama, con imágenes de archivo y también ficcionales, en la que la suplantación de identidad, a partir de un caso real nunca concluido en positivo, se sigue con muchos altibajos, pero consigue una atmósfera de gran intensidad en algunos momentos.

En esa línea de manifestaciones extremas de personajes atormentados, si no directamente psicópatas, aparecen tres títulos significativos: *Broken* (Rufus Norris, 2012), donde, con una ejecución formal que produce huecos, salta en el tiempo y los rellena, asistimos a la puesta en escena de una imposibilidad: la del viaje hacia la madurez en una sociedad en plena descomposición que se edifica sobre la suma de odio y violencia. Aunque el final no llega a producir un relato redondo por la asunción de un cierto conformismo, la tragedia humana se vislumbra en cada rincón en el seno de un microcosmos metafórico. A otro nivel, *Combat Girls* (*Kriegerin*, David Wnendt, 2011), a la que ni el título en inglés ni el subtítulo que le hace la versión española (*La Guerrera*) dan fe del contenido puesto que nos encontramos ante un arriesgado alegato antifascista que se configura desde el punto de vista de los grupúsculos neonazis en Alemania y la falta de perspectivas de una juventud a la deriva cuyos orígenes y herencias son un condicionamiento insalvable. Película, pues, con pocas concesiones a la galería y gran fuerza expresiva cuya única moralina es la necesidad de redención y de toma de conciencia. Y hemos de reivindicar, sea siquiera parcialmente, *Little Birds* (Elgin James, 2011), que es un film *indie* bastante estereotipado y de fondo conservador, con buenas interpretaciones por parte de unas Thelma y Louise adolescentes, filtradas por una mirada a lo Larry Clark, que nos brindan una película deprimente y deprimida, con hallazgos interesantes y sin "mensaje" final, cosa que se agradece.

Lo peor, desde luego, han sido las películas pretenciosas. A la cabeza *Mamá* (Andrés Muschietti, 2013), que, con una primera hora que tiene momentos escalofriantes y con un tramo final lamentable, participa de los peores vicios (cursilería, banalización de la muerte) del cine del productor, Guillermo del Toro; en este sentido, una más del montón, aborrecible por lo poco rentable del planteamiento y los efectismos. A poca altura ha rallado también *Un plan perfecto* (*Gambit*, Michael Hoffman, 2012), con muy "mala pata", donde el guión de los Coen solo se explica, o bien como un encargo, o bien porque al acabarlo vieron que era tan flojo que más les valía venderlo para que un artesano hiciera una comedieta convencional. En la cima de las pretensiones, con una gran carga de irregularidad, *El atlas de las nubes* (*Cloud Atlas*, Tom Tykwer, Andy y Lana Wachowski, 2012) nos brinda casi tres horas de historias en montaje paralelo con anclajes y similitudes, pero con un resultado pedante y capaz de aburrir hasta a los muertos; hay algún destello momentáneo, pero más parafernalia y fuegos artificiales que calidad, sin embargo, quizás porque no esperábamos nada de los hermanos Wachowski, y que la filosofía New Age se daba por descontada, nos pareció más madura (en su inmadurez consustancial) de lo previsible.

De aquí y de allá se nos quedan títulos descolgados, como es el caso de *El ladrón de palabras* (*The Words*, Brian Klugman y Lee Sternthal, 2012), reiterativa y por momentos previsible, con un juego realidad-ficción que está bien conseguido y una reflexión sobre la apropiación del arte que no es banal; la película simplemente se deja ver, pero introduce una compleja red de narradores secundarios que abren el sentido para el espectador. O *Más allá de las colinas* (*Beyond the Hills*, Dupa dealuri, Christian Mungiu, 2012), brillante realización e interpretación, pero un tanto tediosa porque busca, sobre todo, una expresión pictórica con predominios del claroscuro y planos

nocturnos; reitera los habituales planos fijos, largos, casi sin acción, pero tiene interés la contraposición entre sana fe y fundamentalismo religioso.

Tratando abiertamente aspectos políticos del pasado, con posibles lecturas de presente, dos títulos con fuerte carga documental: *Cubillo. Historia de un crimen de estado* (Eduardo Cubillo, 2012) documento pretendidamente honrado y sin paños calientes ni propaganda, que intenta dejar claro lo que hubo detrás del intento de asesinato del dirigente del MPAIAC; la puesta en relación de sicario y víctima es especialmente relevante, aunque en el lado negativo hay que anotar algunas “medallas” que se autoatribuye el grupo independentista con excesiva frivolidad. Más interesante es *No* (Pablo Larraín, 2012), arriesgada apuesta de filmar en U-Matic que consigue igualar los tonos de los documentos reales con los ficcionales; plantea el NO a Pinochet, desde la crónica personal y abundando en la campaña publicitaria, poniendo en evidencia los absurdos esquemas de los políticos y la capacidad de la creatividad. La idea de que la democracia chilena contemporánea es, en gran medida, un producto de consumo yanqui, nos parece mixtificadora, pero, ¿para cuándo películas así sobre la España de la discutida Transición?

Finalmente, tres films de animación han coincidido en nuestras pantallas casi simultáneamente. *Frankenweenie* (Tim Burton, 2012) es otra recreación del mito en la línea habitual de Tim Burton, con mucho juego cinéfilo, que se deja ver con agrado. *Hotel Transylvania* (Genndy Tartakovsky, 2012) no es nada especial, aunque resulta divertida y contiene muchos juegos privados relacionados con el cine de terror. Lo mejor, sin duda, *Rompe Ralph* (*Wreck-It Ralph*, Rich Moore, 2012), que arranca con una excelente reflexión formal sobre el 2D y el 3D, apoyada también por la planificación, pero que pierde fuelle hacia la mitad. Es un abordaje al mundo de los videojuegos que merece la pena, sobre todo, por su discurso sobre la obsolescencia.

Este mes hemos querido ilustrar la imagen que dos títulos actuales dan de los trapos sucios de las clases dirigentes; títulos anclados, respectivamente, en el presente más cercano e inmediato (*Los amantes pasajeros*) y en el pasado del corazón de Europa (*Un asunto real*).

MUCHACHADA ALMODÓVAR, O LA HORA DE ALFRED NUI: *LOS AMANTES PASAJEROS*.

Agustín Rubio Alcover

Los amantes pasajeros se desarrolla prácticamente en unidad de espacio-tiempo: un vuelo de España a México que, debido a una avería en un tren de aterrizaje, se ve obligado a dar la vuelta y volar en círculos sobre el espacio aéreo de Castilla, a la espera de que se habilite un lugar para llevar a cabo un aterrizaje de emergencia. Aparte de la variopinta (aunque de orientación sexual más bien monótona) tripulación, el pasaje (significativamente reducido al de *business class*) está compuesto por un actor, una dominatriz, un estafador, una vidente, un traficante de mescalina...

La trama es lo de menos (no se me ocurre otra película que merezca tanto el calificativo de “inenarrable”), pues lo que importa es el enredo y la comicidad, verbal, gestual y escatológica. A pesar de su militancia escapista, el film contiene malévolas alusiones a las estafas bancarias, los aeropuertos *peatonales* y los gustos sexuales del Monarca (por parte de todo un señor Príncipe de Asturias de las Artes, que, por más señas, lisonjeó al heredero al trono en una ceremonia de los Goya, fantaseando con la posibilidad de cantarle el *Happy Birthday*, como hizo Marilyn con JFK). La táctica

ejemplifica a la perfección el registro en el que se trata lo político en el cine de Almodóvar. En sus inicios, se carcajeaba tanto de quienes le afeaban que no quisiera experimentar con el lenguaje con pretensiones transformadoras, que rodó un corto, *Film político*, en el que defecaba (literalmente) y se limpiaba el trasero (frente a la cámara) con una fotografía de Richard Nixon. Luego, cuando la crítica le señaló que su cine funcionaba de espaldas a la pervivencia del franquismo y los avatares de la Transición (cosa, todo sea dicho, discutible como tal), él tuvo la salida de pata de banco de que su manera de rebelarse contra la dictadura era negarle la entidad; de hecho, el título inicial de *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón* era *Erecciones generales*.

Todo cambió, cuando el felipismo se hundía: en *La flor de mi secreto*, mostraba las manifestaciones que por aquel entonces hacían los estudiantes de medicina, cuyo lema era “6=0”, para protestar por los nulos resultados que obtenían después de haberse esforzado más tiempo que los demás universitarios; es decir, con la ola de acoso y derribo a un gobierno socialista que se desmoronaba, mas no frontalmente. Con su primera cinta producida con el PP, *Carne trémula*, se acordó por primera vez del pasado tenebroso, para concluir que, “afortunadamente, en este país hace ya mucho que hemos perdido el miedo”. Cuando cayó Aznar, y tras un sonado escándalo por haber declarado que varios ministros populares habían tratado de dar un golpe de Estado la noche de las elecciones del 14-M, decidió abordar los abusos sexuales por parte del clero (*La mala educación*). Durante la segunda legislatura de Zapatero, prefirió centrarse en hacer melodramas oscuros, abstraídos y autorreferenciales que, todo sea dicho, no estaban nada mal (*Los abrazos rotos*, *La piel que habito*). Por fin, tras la llegada al poder por parte de Rajoy, ha admitido que se equivocó apoyando a ZP en la campaña para su segundo mandato, que constituyó, a su juicio, “un auténtico desastre”. Al hilo de lo cual, se ha descolgado con esto.

Los amantes pasajeros no es, como él ha dicho durante la promoción, su película más gay, sino la más *trash*, e ilustra el estado de endiosamiento absoluto en que se encuentra alguien que se ha acabado creyendo que puede hacer un corto chungo (con efectos visuales tan deplorables como el de la caída del móvil; congelados triásicos; dos subtítulos completamente impertinentes en un par de ocasiones en que la música, atronadora, impide que se entiendan los diálogos; o la actuación de los azafatos al son de *I'm So Excited*, que remite a la repelente moda de la gente de montar coreografías chapuceras) y, por el hecho de rodarlo él, convertir la basura en oro.

Hay, en el liviano conjunto (ochenta y tres minutos de reloj, con largos créditos animados al principio y al final), dos o tres escenas más que con gracia, con sentido; escenas que casi desentonan, en el marco de *chanantización* (por la surreal *La hora chanante*) o *carminización* (por la infausta *Carmina o revienta*) del manchego. Este crítico se esperaba un quiebro en su filmografía similar al que supuso *Psicosis* en la de Hitchcock, tras su paso por la televisión: algo productivamente sencillo, pero sustancioso e innovador; lo que se ha encontrado es un número uno natural del *top manta*.

Según el cineasta, el rodaje ha sido una experiencia muy dura. Espero sinceramente que el comentario forme parte de la campaña de autobombo. Con lo que ha parido, que haya disfrutado él se me antoja lo mínimo. También, visto lo visto, se pregunta uno: “pero, Pedro, ¿qué las das?”. Una respuesta verosímil la da un lapsus cazado al vuelo en un dominical: Jeremy Irons, eminente actor británico, nos glorifica en comparación con Alemania: “Yo voy a España porque me encanta como es. *No quiero que sea Europa*” (la cursiva es mía). Hipótesis (reformulación, más bien, de una que circula desde los inicios de P.A.): tal vez su secreto consista en ofrecer una imagen de nuestro país que finge burlar los tópicos pero se regodea en ellos, que aparenta

modernidad pero da esencialismo, que promete progreso cuando invita al apalancamiento (en toda la extensión de la palabra). ¿Será casualidad que *Los amantes pasajeros* no lleguen a abandonar la península, y que el *happy end* consista en que la catástrofe se evite?

La redactora de la entrevista en cuestión, Ixone Díaz Landaluze, se hace eco del rumor según el cual Irons y su legítima mantienen una relación abierta, y da como dato cierto que la exchica Almodóvar Loles León se rompió la pelvis y una muñeca en la *suite* que tenía el intérprete en el hotel Santo Mauro durante una estancia en Madrid, en 1999. Y es que a los anglos les gustamos más mollositos y salaces, temperamentales y cabreadizos, pero con buen conformar. Así que hala, a esperar que escampe, o, como se atribuye de manera apócrifa a San Vicente Ferrer, “follad, follad, que se acaba el mundo”.

HABÍA UNA VEZ... UN (EURO) CIRCO: *UN ASUNTO REAL*

Francisco Javier Gómez Tarín

Se dirá el lector, con razón, que en una introducción que pretende revisar los acontecimientos del mes, se nos ha pasado el Papa Benedicto y su dimisión. No hay tal, simplemente lo hemos dejado a un lado porque por una vez, dentro del cúmulo de incoherencias de la entidad eclesiástica, hay alguien que dimite, cosa que, dicho sea de paso, le redime algo de sus actuaciones pasadas y coloca alto el pedestal para otros mandatarios europeos, sobre todo españoles, a los que no les vendría mal dejar de llenarse la boca con su catolicismo militante y mostrar más dignidad y honestidad dimitiendo individual o colectivamente, ya que son auténticas familias (¿rebaños?)

El circo europeo tiene domadores y fieras (desde leones, a ratas y pulgas), malabaristas y equilibristas, gigantes y enanos, pero, sobre todo, payasos, muchos payasos. Y no es que uno pretenda denostar tan venerable profesión, nada más lejos de mi ánimo, sino que, al ser estos unos payasos de pega, resultan irrisorios más que graciosos y hacen que el valor semántico de la palabra se pervierta. Por eso, una película como *Un asunto real* (*A Royal Affair*, Nikolaj Arcel, 2012) permite su lectura desde la inmediatez y le confiere un valor añadido nada despreciable.

Es evidente que el equipo que llevó a cabo la concepción y rodaje de este film, con Arcel a la cabeza, quería ilustrar un momento de especial relevancia en la historia danesa. Pero no es menos evidente que las historias que se cuentan en las películas ilustran, a su vez, ideas y conceptos morales, con sus correspondientes ajustes de cuentas con la realidad. En consecuencia *Un asunto real* debe concebirse como un alegato en torno a la obsolescencia de la monarquía como institución. Porque, a fin de cuentas, lo que el film denuncia es cómo los vientos de cambio que terminarían con las monarquías absolutistas en la Europa del siglo XVIII soplaron en Dinamarca durante un corto espacio de tiempo, pero fueron acallados violentamente por los poderes de siempre para llevar al país a nuevos años de oscuridad y vuelta al más triste de los pasados, cuando el resto de Europa progresaba hacia el parlamentarismo.

Ya sabemos que poco o nada pensarían en España los autores del film, pero héte aquí que el argumento se ajusta como un guante a nuestra historia presente. Cuando el rey Christian se deja llevar por su amistad con el médico Struensee, un convencido de la Ilustración y de las ideas de Voltaire y Rousseau, al que nombra conde y luego concede plenos poderes, inicia casi inconscientemente un cambio radical en su país que se

concreta en avances en la sanidad, desaparición de la censura, redistribución de las riquezas y cambios importantes en el funcionariado y el ejército. Struensee aplica sus medidas progresistas entre mayo de 1771 y enero de 1772. Sin embargo, es amante de la reina y por ahí llega su perdición (y no porque el rey lo desaprobe sino porque los poderes fácticos, iglesia y nobleza, orquestan una campaña de bulos y rumores para situar al pueblo contra el "extranjero", fruto de lo cual será su fin y el fin de las reformas, lo que llevaría a Dinamarca a un retroceso enorme y a un nuevo absolutismo (como decíamos: al robo sistemático a las capas populares para mejorar las arcas de la nobleza e iglesia, siempre sistemáticamente opuestas al progreso)

Es la historia, sí, cierta en parte y modificada en otra parte por la ficción, como es lógico en cualquier reconstrucción. Pero lo mejor del film es su aspecto didáctico para mostrarnos cuán fácil es modificar el pensamiento de las "masas" aplicando la mentira y repitiéndola en todos los foros posibles. Esa mentira, que introduce un odio visceral al "otro", cambiaría el curso de la historia en perjuicio del propio pueblo, que se queda con el problema de la infidelidad de su reina, a todas luces un asunto menor y privado que para nada debió afectar al buen sentido de los avances sociales.

Con una puesta en escena brillante y eficaz, sin barroquismos, muy en la línea de un cierto clasicismo que hoy nos parece reivindicable por su contundencia, la película cumple a la perfección sus objetivos y nosotros, aplicando su trama a nuestra actualidad, vemos cómo la conciencia social se ha ido manipulando una y otra vez con cortinas de humo y mentiras sin límite, pero aquí nadie dimite ni asume sus responsabilidades (salvo el Papa). Las maniobras que llevaron hacia atrás al pueblo danés, son similares a las que ahora nos están conduciendo a nosotros al territorio de la España negra, pero, eso sí, aumenta el número de millonarios españoles. Y es que la frase *Spain is different...*, como rezaba aquella publicidad de nuestra *marca* en el pasado que tan malos recuerdos convoca, viene ahora reforzada por otra escuchada en días recientes: "aquí no caben corruptos" (cierto: el lleno está ya hasta la bandera, cual camarote de los hermanos Marx) A ver si aprendemos a "botarlos" en lugar de "votarlos"; aunque, ¿dónde están las alternativas?